

BIBLIOTECA

*Los Grandes Peliculis*

LA NOVELA PARAMOUNT



LAS  
ETERNAS  
PASIONES

POR  
POLA NEGRI

50 CTS.



LEE, Rowland W.

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA PARAMOUNT

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 lib.-BARCELONA-Telef. 4423 A.

## LAS ETERNAS PASIONES

(DOROTHY WARE, 1927)

Emocionante producción, basada en la novela de Hall Caine «La Mujer de Knocklace»

Interpretada por Pola Negri, Clive Brook, Claude Gillingwater, Einar Hansen, Clyde Cook, Gustavo Von Seyffertitz, Charles Lane, etc.



Es un Film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.



## LAS ETERNAS PASIONES

Argumento de la película

### I

#### ¡MALEITA GUERRA...!

Los potros hambrientos de los cuatro finques pastaban impacientes allá en las cavernas, donde la muerte renueva los peschres...

La fecha trágica de 1914 debía señalar el principio de la más terrible guerra que presenciara la humanidad.

En un lugar de Francia — ¿cuál?... ¿qué más da? — había transcurrido el verano de 1914, bajo un cielo sereno...

Los esclavos de la tierra, los pobres parias del terreno, rimaban la canción gurgosa del trabajo a orillas de una granja...

Y las cabañas visibles de estos miseros eran tres: Juan Moreau y sus hijos Andrés y María...

El bomo de Juan Moreau, cura asperganada, barba blanca de San Pablo, sólo sentía el aguijón del trabajo...

Sus hijas... Eran muy jóvenes...

Andrés era un mozoallón curido al sol justiciero que se agbla y brilla para todos por igual. Bueno, sencillote, era un libeatre todo corazón...

Y María... Como la biblica, soñaba despierta. Era una mujer sencilla, con sencillez de amanecer. No había dolores en su alma...

Y como todo llega en este mundo, llegó un día... el día que empieza nuestra historia.

María, como de costumbre, giraba su visita a los erablos. La vaca que hasta entonces estoviera gorda, acababa de dar el fruto de su vientre...

— ¡Padre! ¡Hermano! ¡Venid, venid! — gritó María.

A sus alaridos de triunfo por aquel hecho, que era fruto enajado ahora y que quien sabe si sería leche mañana, acudieron los vocados.

— ¡Una ternera! ¡Le pondremos Juana...!

Sonrió el viejo y contestó:

— No, mejor le pondremos Juanita...

Y discutiendo estaban el nombre de pila de aquel nuevo retoño de cuatro patas, cuando a sus oídos llegó un tañido inusitado... La esquila de la ermita volteaba a rebato...

— ¿Por qué dobla esa campana? — preguntó, sor-

preñado, el tío Juan—. Ahora es la hora del Ángelus...

Y olvidando al que acababa de hacer, corrieron a la puerta de la corralada en demanda de una explicación que llegaba al galope de un jumento, que ti-



*Era una mujer sencilla, con sencillez de amañecer.*

ra de un carrozcano en el que iba el alguacil del pueblo.

Y el pregón fatídico cayó en aquellas soledades como una bomba.

Aquel hombre era nuevo de una nueva terrible... Se había declarado la guerra, y el pregonero iba

lanzando a los cuatro vientos la orden de movilización general...

Tras él se arremolinaban los vecinos.

Pronto supieron el por qué de aquella alarma: Francia y Alemania — las eternas rivales — estaban en guerra.

Una rama de aquel tronco iba a ser segada por la guadaña trágica. Andrés debía acudir al llamamiento de la patria... Su padre se lo dijo en el primer momento y añadió, convencido:

— No te apures, muchacho! La guerra no durará un mes... Antes de terminar la recolección del trigo, ya estaría de vuelta...

— ¿La crees así, padre? — preguntó con angustia María, abrazándose a su hermano.

— ¡Claro que sí, mujer! — aseguró el anciano.

Y María, al ver el contento que se plasmaba en los ojos de Andrés, exclamó:

— Yo quisiera ser hombre para ayudarles a arrojar a los alemanes del suelo de Francia.

— ¡No hables así, María! ¡No hables así! — replicó su padre, entristecido.

— ¿Acaso no les odias vos también, padre? — preguntó la niña.

— No, María... El hombre que nació ya ha servido ya en una guerra, adquiere una idea muy distinta del odio...

¡Guerra...! ¡Amor y odio amasando el eterno fango de la muerte. ¡Malditas pasiones!



## NIEBLAS DE DOLOR

Maria y su padre vieron asentarse a Andrés en busca de la siema sin fondo, que trágaba sin cesar cuerpos mazos y ánimas inocentes...

Pasaron los días.

Ello, también debían ser útiles a la Patria dolorida...

El Estado Mayor Central se lo recordaba a cada paso en cartulones puestos al borde de los caminos. Tenían que cultivar las cosechas.

Y una mañana, cuando Juan y María se hallaban entretenidos en sus labores, vieron brillar las casacas fatigadas bajo la tibia claridad del sol y llegaron hasta la granja los corceles de una patrulla.

Echó el jefe pie a tierra y se acercó al anciano.

El viejo inclinó la cabeza sumiso y accedió a lo que de él solicitaban en nombre de la patria...

Cuando se acercó María a inquirir el resultado de aquella conversación, díjola el viejo con temblor en la voz:

—El gobierno quiere moverte nuestra granja en campo de concentración de prisioneros y nosotros tendremos que quedarnos aquí para aprovisionarlos.

—¿Conque nos quieren hacer trabajar para man-

tener a los que han matado a nuestros soldados? ¡Jamás! ¿Cómo es esto posible?

—No nos queda otro remedio que obedecer y callar, María... Así es la guerra...



—No te apures, muchacho! La guerra no durará un mes...

—Está bien, padre — murmuró —, pero yo no cruzaré con ellos ni aún la mirada.

Al día siguiente llegó el contingente anunciado. Al principio, desconocedores del uniforme teutón, algunos labriegos agitaron las gorras y los amplios sombreros sobre sus cabezas en el gesto amistoso...

Habían visto soldados y creían que eran hermanos de raza...

María, ceñida, se dirigió a su padre, cuyas cejas también brillaban al sol y mascullaron sus labios crispados estas palabras:



...vieron enternirse a Andrés...

—¡No los saludas. ¿No ves que no son nuestros soldados? ¡Son prisioneros alemanes!

Y volviendo el rostro a la visión mascastra, escupió despreciativa... Eran, sí, intiles prisioneros de guerra y en sus espaldas, sobre el pardusco paño de sus guerreras, se dibujaban las letras oprobiosas: P. G. Prisioneros de guerra...

Pasó la convalecencia de la miseria... En medio de todo iban contentos, porque al menos habían escapado a la muerte, conservaban la vida...

Tres aquella mañana llegaron otros y en pocos días la granja y sus alrededores se convirtieron en un horniguero humano...

Pero como al fin y a la postre era gente muza, sus ratos de dolor pasaban fugaces y volvía a asumir a sus rostros animados, el confortador optimismo de la juventud...

Aquello no tenía remedio y unos a otros se infundían ánimos, se daban alientos y se ayudaban a pasar las horas del mejor modo posible...

Y de la noche a la mañana, a su impulso vital, en los campos y en los prados aparecieron las desgarradoras espigas de la guerra; el espino artificial...

Había entre ellas tipos curiosos... Desde el taciturno Oscar, un muchachote alto, fornido, de faz rasurada y mentón cuadrado, completamente germano, hasta el dicharachero y acurrante Hans, muchachillo alegre y coñado.

Allí en su país debió ser clon de circo y de las lonas de la tienda trájose a la guerra todos los aparatos musicales de sus habilidades... Un acordeón, una armónica, unos platillos...

Precisamente aquel día habeban frente a la caseta de la guardia varios soldados y entre ellos Oscar y Hans y éste cecó a su camarero:

—¡La guerra acabará en un mes, Oscar...



—¿Tú qué sabes! — contestó Oscar, escéptico.

Hombre, lo digo porque mi hermano está en filas y no acostumbra conservar el empleo más de treinta días...

Apareció una leve sonrisa en los finos labios de Oscar y se alejó del grupo esclavo, como siempre, de no se sabe qué dolores ocultos...

Ya solos Hans y otro compañero dijo el clown a su amigo:

—Oye, Felix, ayúdame a ensayar mi número acrobático para que pueda representarlo el mes que viene en el Jardín de Invierno de Berlín...

Y en un momento, con una tabla y tronco de roble, fabricóse un admirable trampolín.

Colocóse en uno de los extremos en posición de firmes y dijo a su camarada encaramado al otro extremo sobre un tonel vacío:

—Déjate caer con fuerza sobre la tabla y vas a ver el salto más prodigioso que contemplaste en tu vida... Triple salto mortal... especialidad de la casa...

—Está bien — contestó Felix— Abora salta tú y cuando hayas terminado, saltaré yo y verás candelas en rama...

Y tras él: uno, dos, tres... Felix dejó caer su pesada mole sobre la madera y Hans, como despedida por una estrepitosa, se proyectó en el aire girando repetidas veces sobre sí mismo y yendo a caer a unos metros de distancia en medio de un grupo de prisioneros a los que en aquel momento dirigía la palabra un oficial:

—¡A ver, cuatro voluntarios para trabajar en las faenas del campo...!

Y apenas acababa de hacer el llamamiento, cuando la escueta en rama del saltador del Jardín de Invierno de Berlín, llegó rodando hasta sus pies...

Sonrió gozoso el oficial y dijo, dirigiéndose al ruido:

—Ven tú, Hans, ya que te gusta saltar.

Levantóse Hans y yendo a reunirse con Oscar, que bien a su pesar no era de los elegidos, le dijo con toda la seriedad de que era capaz:

—¿Te creías que iba a ir tú por buen mozo? Pues aguésdate... También a mí me han seleccionado para trabajar...

Oscar no contestó, pero acercándose al sargento le dijo tras cuadrarse enérgico:

—Sargento, estoy cansado de no hacer nada... Déme algún quehacer para no morir de hastío...

El sargento le contestó afablemente:

—Cuando necesite más gente le llamaré...

Llegaron a la granja los nuevos auxiliares y pronto pudo comprobar María que aquellos muchachos serían enemigos de su patria pero eran unos excelentes trabajadores...

Y sin embargo su presencia, aun su vejez misma, era para ella un suplicio espantoso...

Cebada siempre, cumplía el ofrecimiento que le hiciera a su padre el día memorable en que les anunciaron que el gobierno disponía de la granja. No cambiaba con ellos ni aun la mirada siquiera...

De nada las extravagancias de Hans, sus mulecas, sus piumetas multiplicadas hasta la infinita... Ni le miraba siquiera y mucho menos sonreírse...

Todas las mañanas los cuatro amigos llegaban hasta la cocina de la granja y acarreaban los cuencos de leche para el almuerzo matutino de los concentrados...

Maria vigilaba la operación sin despegar los labios.

Entre los prisioneros que trabajaban en la granja, figuraba el pobre Ludwig, un infeliz físico, a quien el cautiverio había librado de la muerte...

Cuando llegaba a coger su cántaro, el pobre muchacho se ahogaba de todos y le abandonaban las fuerzas... Más de una vez tuvo Maria, a pesar de su repugnancia, que ayudarlo a cargar el cántaro sobre su espalda encorvada...

Aquel día estaba Hans de humor perrero.

—¿No entiendes a esta mujer...? ¡Así me ampara tan vivo...! ¡Es la primera mujer que no rie de mí...! ¿No te parece eso una cosa sorprendente, Félix?

Entre él y Félix se cruzaban a diario apuestas originales... Hans, empeñado en hacer reír a Maria, fue perdiendo poco a poco su arquetipo portátil...

Y al entregar aquella mañana, su flauta mágica a Félix, le dijo convencido:

—Esta vez me la ganaste, pero yo la haré reír, como me llama Hans...

—Me parece que todo lo que ligas es en vano...

—¡Te apuesto la armónica a que haré reír a la francesita...!

—¡Va, pero me parece que pierdes el tiempo lastimosamente...!

Y en efecto, perdió la apuesta y se quedó sin armónica, que fué a parar a manos del gordiflón Félix...

Maria había tenido el alma de granito, según gráfica expresión del sacandazo Hans...

### III

#### MARIA LA TIURANA

Con el renquete con que la habían bautizado los prisioneros, cansados de sus desdenes.

Pero como la fama es una señora volátil, algo había de ocurrir en la granja que diese al traste con aquella seriedad que ya parecía endémica en la candelilla.

Ludwig, el pobre físico, ranguero de toser en liegas de Francia, un buen día no se levantó más de su camastro y el sargento halló ocasión propicia de cumplir la promesa que un día hiciera a Oscar...

El germano taciturno fué el sustituto de aquella pillería de la tuberculosis.

Cuando a la mañana siguiente, Maria asistía a la distribución de la leche, se vió, de pronto, sorprendi-



dida con la siguiente pregunta hecha en francés correctísimo:

—*Voulez-vous que je prenne ça?* (¿quiere usted que me lo lleve?).

Volvióse prestamente y por primera vez en su vida miró a uno de aquellos hombres cara a cara.

—Para ser alemán había usted muy bien el francés — dijo mirando de alto abajo a Oscar.

—Antes de declararse la guerra trabajé unos cuantos años en París...

El patriotismo hurañó halló una contestación sarcástica:

—Sería usted espía, ¿no es verdad?

Contrájose el sereno rostro de Oscar y tiñó sus mejillas el fuego de la indignación.

—¡No! — contestó seramente.

Y girando sobre sus talones, después de coger y cargar sobre el hombro el cántaro de leche, salió de la granja...

En el corazón de Oscar, había hecho una profunda impresión la heliosa salvaje de la indómita hija de Francia, la madre...

...

Una mañana, María al llegar a la entrada de la casa de labor encontró en el umbral a su padre en compañía de un vecino de la aldea: Juan Corlet...

Juan Corlet, ser despreciable, ruin, conciencia tortuosa y alma de rufián, había tiempo atrás codiciado la posesión de María, no tanto por sus bellas prendas físicas y morales, cuanto por su riqueza...

Sin embargo, en su haber sólo podía apantarse una regular cosecha de calabazas, pues a la joven le había repugnado siempre aquel tipo siniestro...

Por eso al verlo aquel día junto a su padre, adivinando que algo más que la curiosidad le llevaba has-



—Sería usted espía, ¿no es verdad?

La still, preguntó con gesto adusto y cara de pocos amigos:

—¿Qué hace usted, padre?

—Estoy comprando unas vacas...

María acentuando el pliegue de sus labios, añadió:

—¿Y por qué se las compráis a Pedro Corlet, precisamente, padre?

Había tal odio entrelazado a aquellas palabras, era tan tajante la mirada de María fija en el larguirucho y acipitico personaje, que éste, con la sonrisa del zorro en la delgadez repugnante de sus labios traidores, contestó:

—Es verdad que tenemos guerra, María... pero esto no impide que vuelva a preguntarte si quieres casarte conmigo...

Miróle de alto a bajo la granjera y se encogió de hombros desdenosamente.

Corlet sin inmutarse añadió, meloso:

Este mundo por no me deja ir a la guerra, pero esto no quiere decir que yo sea un mal marido...

—¿Qué lástima, Pedro Corlet! — dijo María, burlona — ¡Francia necesita soldados... y yo no necesito marido!.

Y volviéndole la espalda, se entró en la casa y dóble con la puerta en las narices...

Burlaña y se aleja de allí jurándose *de poco* venganza burlaña y se burla de allí jurándose *de poco* venganza de sus desdenes...

Mal enemigo era Pedro Corlet y no había de pasarse mucho tiempo sin que la taciturna granjera sintiese todo el peso de su odio...

## IV

## LA MUERTE, LA OTRA LITIGANTE...

Allá lejos, muy lejos, tras las alambradas fatidicas, retumbaban los cañones y la *bellu Berlu* hacía de las suyas...

Los conos de muerte cavaban abismos en la tierra bendita.

Una noche, de una de las trincheras francesas, salió un pelotón de *pelados*... Han a morir... pero siguieron adelante, sin vacilar, sin volver la vista atrás... Uno de aquellos infelices era Andrés, el hermano de María la burlaña.

Avanzó... avanzó... y llegó a las alambradas enemigas, pero en el momento de ir a intentar traspasarlas, una bala certera le hizo caer de bracos y buelera caído a tierra seguramente a no ser por el mamparo artificial.

Una voz rompió el silencio de la noche y consiguió herir el frago de la batalla:

—*Pront...*

Un germano ocupaba aquel reducho y se sorprendió a medias al ver aquel intruso...

Flemáticamente sacó su contemplora y llevándola a los labios resacos, bridó:

—*A votre santé* (¡A vuestra salud!).

Creó que el francés estaba muerto y familiar-



xado con la áfrica señora se burlaba de ella incoherente...

Un quejido, un movimiento de Andrés, llamaron su atención, y como aquel hombre, no era malo, acercóse al herido, cortó con su podadera el espino y atrayendo hacia sí el cuerpo de Andrés, lo dejó dulcemente en tierra...

Aplicó en sus labios la cantimplora... El reconfortante líquido volvió a la vida como por encanto al francés y cuando le dió ya repuesta, le dijo el tudesco compasivo:

—Mi deber como soldado es odiarte, pero como hombre no puedo permitir que mueras aquí como un perro...

Y cargando con él a cuádras, se dirigió vastreando al campamento...

Algún tiempo después, una mañana llegó hasta la granja el cartero de la aldea portador de un sobre lacerado, que entregó al tío Juan.

—Easó este emocionado el pliego, y leyó atónito:

*Señor Juan Morena,*

*Muy señor mío: El Departamento de la Guerra, tiene el sentimiento de participarle que su hijo Andrés José Morena fué muerto en el cumplimiento de su deber el día 2 del actual en el sector Blomont-Cirey.*

*Al comunicarle con triste nueva, etc...*

Aquella carta hizo en el pobre viejo el efecto de un rayo... Incluyó la cabeza sobre el pecho y dobláronse sus piernas gastadas; y hubiera dado con su cuerpo en tierra a no sostenerlo oportunamente su hija María, que había acudido atraída por la curiosidad, al ver la llegada del cartero...

Cuando la pobre muchacha se elevó del contenido del pliego oficial, más fuerte que el pobre viejo no cesó su cuerpo a la sanadora, pero de sus ojos brotó un raudal de lágrimas y ayudada por algunos soldados llevó a Juan hasta su lecho.

Avizando a toda prisa el médico del lugar, su opinión no fué todo lo tranquilizadora que fuera de desear:

—El ataque es de gravedad... Pero si se mantiene al enfermo en absoluto reposo, es posible que lo resista.

Y fué entonces cuando pidiendo una tregua a odios y rencores, alzó María al cielo sus ojos preñados de lágrimas y murmuró devotamente:

—¡No nos abandones, Dios mío...!

¡Su hermano muerto, su padre poco menos... y ella sola en el mundo rodeada de enemigos...!

Al día siguiente, sentada a la cabecera de la cama de su padre, leía a éste un periódico de París llegada aquel día a la granja.

En una columna se leía en grandes titulares:

**TERRIBLE BOMBARDEO AEREO  
NUMEROSOS MUERTOS Y HERIDOS**

Y a continuación el relato de la *hazaña científica* y la lista interminable de las víctimas.

Y recordando en aquel momento las palabras de su padre al hablarle del odio secular, elevó la vista al cielo y musitó como si deletrease una oración:

—¡Qué horrible es la guerra...!

Estaba sentada en la corralada... Trabajaba... Era su único consuelo y se entregaba al trabajo con verdadero deleite...

De pronto llegó hasta ella Oscar...

—¡Qué terrible es la guerra...! — murmuraban sus labios en aquel momento...

Desde el día en que recibiera la noticia de la muerte de su hermano querido, eran aquellas palabras como una facultativa piadosa que aplicara el orden de las cosas de su alma dolorida.

Pero aquella vez una voz contestó a la suya. Era Oscar que se había acercado a ella llevando una caja de madera, que acababan de entregarle en la cacería.

—Sí, María... la guerra convierte a los hombres en bestias salvajes...!

Y María al oír aquella voz olvidándose por un momento de que quien la hablaba era un enemigo de su patria, exclamó como en éxtasis, mirando hacia el cielo démente y piadosa:

—Dios mío, que estás en los cielos, no permitas que los hombres se maten como fieras...! ¿Por qué,

Señor, no castigas a los culpables de tantos sufrimientos?

—¡Los culpables...! — murmuró con voz velada por la emoción Oscar—. ¡Lo somos todos, unos y otros, los de aquí y los de allá, por dejarnos llevar por las eternas pasiones, por las malditas pasiones, que corrompen nuestros cerebros y nos empujan hacia las simas del odio...!

Callaron un momento.

No se atrevían a mirarse... Desde hacía algún tiempo se sentían atraídos el uno hacia el otro... En Oscar era un sentimiento de poderosa simpatía, un deseo vehemente de todo su ser, que le llevaba hacia aquella mujer, que bajo la máscara helada del odio, guardaba un alma de ángel.

María por su parte, aunque sin atreverse a confesarlo, también miraba con una simpatía, que casi ya merecía otro nombre, a aquel soldadito serio y formal, que tenía tanto fuego en el mirar y hablaba con voz tan dulce.

Oscar de pronto destapó la caja que recibiera momentos antes... Contenía una escasa fúnebre con una inscripción.

—La madre del pobre Ludwig la ha mandado... ¿No quiere usted llevarla a su tumba...?

María, en quien resucitó en un momento todo el odio dormido en su alma contra los enemigos de su patria, le atrevió con una fría mirada.

Oscar ahalló más humilde aún:



—Se lo decía... porque a mí me está prohibido visitarla...

Y mostrándole la corona siguió:

—La inscripción dice: "A mi hijo Ludwig, su amantísima madre".

María contestó recalzando las palabras:

—Ella no es la única madre que ha perdido un hijo...

—Es verdad — murmuró Oscar rordamente.

Y añadió tras un minuto de silencio:

—¿Dios debía castigar terriblemente a los hambres que provocan las guerras...?

Callaron de nuevo.

María trabajaba. El se levantó por fin de su lado y al marcharse, le dijo:

—Adiós, María... Si usted no quiere llevar la corona, le agradecería que la hiciese llegar a su destino...

Al desaparecer Oscar de su presencia, María sintió una cólera incomprensible, y al reanudar el trabajo derribó en un movimiento brusco la caja que contenía la corona de la pobre madre...

El ruido seco de la caja al estrellarse contra el suelo, resonó en el fondo de su corazón como un lamento de ultratumba... y en el mismo instante, cruzó ante su vista la silueta trágica del pobre físico, llegando a rastras a cargarse con el cántaro de leche...

¿Qué pasó por su alma...? ¿Sólo Dios podía decirlo...? Lo cierto es que suspendiendo su trabajo, recogió del suelo la corona y, apresuradamente, se

dirigió al cementerio alemán donde reposaban los restos de los que iban su vida en tierra francesa; y una vez allí depositó la corona sobre la tumba del pobre soldadito alemán...

Cuando cumplida su placida misión salió del cementerio, tropezó en el camino con el coronel jefe de las fuerzas que custodiaban el campo de concentración.

Al verla salir de aquel recinto la dijo extrañado: —¿Qué hace usted por estos sitios, María?

La muchacha, palideciendo, balbució:

—He venido a depositar sobre la tumba del infeliz físico, que murió hace dos meses en casa, una corona que le ha mandado su madre... ¿Acaso he hecho mal, mi coronel?

—No, hija mía, no... — murmuró sentencioso el militar —. Comprendo su compasión por esos pobres diábolos... Pero no olvide que sus vecinos pueden interpretarlo de manera muy distinta...

Despidiéndose del soldado y pensativa y dolorosa tomó el camino de su granja...

No se le ocultaba que el coronel tenía razón, y que aun ella misma hubiese censurado aquella acción en otra circunstancia...

El odio a los alemanes llevaba a aquellas gentes sencillas a extremos incomprensibles de crueldad...

¿Cómo si todos no tuviesen corazón, amigos y enemigos...?

¿Ni aun la muerte destruya las barreras del odio...?

## PERO EL AMOR NO TIENE PATRIA

Ha pasado un año de guerra y en la granja se amontonan otra nueva cosecha recolectada por manos enemigas.

¿Cuándo volverán los brazos franceses... y cuántos volverán?

La continua presencia de los soldados enemigos mantiene presente con más fuerza la contienda original...

Al través del tiempo transcurrido, se ha ido estableciendo cierta cordialidad entre amigos y enemigos, y ya María, aunque sigue sin reírse como al principio, no mira con tanta aversión a aquellos infelices.

Hans seguía haciendo gala de su buen humor habitual...

No dejaba en su empeño de provocar una sonrisa de María, pero todos sus intentos fallaban en redondo...

A sus picuetas cómicas contestaba María volviéndole la espalda y dejándole con la palabra en la boca...

Aquel día, agotados ya los instrumentos musicales, le había tocado al reloj ir a reunirse con la co-

lección de curiosidades que estaba reuniendo a su costa su compañero...

Perdió una vez más...

—Dame el reloj — le dijo Flix —. Si quieres hacer reír a esa muchacha tendrás que colgarte cabeza a ajo...

Ten a la vivo le llegó a Hans la burla de su compañero y la actitud incomprensible de la hermosa granjera, que se distrajo lastimosamente y se lo tragó la tola, arrojándolo por el cielo lada con el uniforme hecho unos zorros y la gorra en un estado lastimoso.

—Se fastidió la gorra... — exclamó tranquilamente al verse de tal guisa —. Es cierta que ahora no está peor que cuando me la entregaron...

Aquel día llegó a la granja un sargento francés, desenfadado y presuntuoso, que al ver a María trabajando como una negra, se acercó a ella y la dijo desafiándola con la vista...

—Me da pena ver trabajando así a una muchacha tan preciosa... La enseñaré unos cuantos hombres más para que la ayuden...

Y añadió acercándose aún más y pretendiendo acariciarla:

—Y si usted quiere, por las noches podré quedarme haciendo compañía para que no esté tan sola...

Esquivó ofendida la caricia brutal del zángano y contestó muy seria:

—Gracias, sargento... Sé guardarme sola y además



tengo la compañía de mi padre...

El sargento la miró de soslayo al alejarse y murmuró efusivo entre dientes:

—Ya veremos a la noche si es verdad eso... ¡Otras torres más altas han caído! Para algo estamos en tiempo de guerra...

Ya en su casa, fueron entrando los hombres a encerrar el grano en el granero... ella recibía las cargas y tomaba nota de todo...

Tocóle el turno a Oscar y sin saber cómo, al recibir el saco que él la entregaba, se encontraron sus manos, y así permanecieron unos instantes mirándose intensamente.

En aquella mirada se dijeron mutuamente lo que sus almas sentían y sus bocas callaban...

—¡Suéltame, Oscar... por favor...!

—¡María...!

—No siga usted... Tenemos de ser enemigos a la fuerza...

No se dio cuenta de que aquellas palabras equivalían a una confesión plena del amor que desde hacía tiempo era dueño de su corazón.

...

Llegó la noche.

Después de dejar a su padre dormido, bajó al zaguán y sentándose en un banco adosado a la pared, empezó a coser para matar las largas horas de soledad...

En aquel momento llamaron a la puerta. Sorpre-

didó a abrir e instintivamente retrocedió y trató de cerrar de nuevo.

—¿Se ha asustado usted, María? — murmuró el sargento sonriendo — No me tenga ese miedo, que no me como a la gente cruda...



—¿Se ha asustado usted, María?

Y espontáneamente se sentó a su lado.

—A mí no me asusta nada... — contestó ella —. Me bastó y me sobró para defenderme yo misma, como le dije esta mañana...

El sargento fingió estarse quieto un poco, y aun bromeó de cosas indiferentes para más predisponerla

a su favor, y de pronto cuando ya empezaban a hablar como dos buenos amigos, la cogió una mano y trató de atraerla hacia sí violentamente...

María se desahó con energía y corriendo hacia la puerta y abriéndola de par en par, le gritó indignada:

—¡Fuera de aquí, miserable...! ¡Váyase... o gríto...!

—¿Y quién crees que va a venir...? ¿Algún alemán...? ¡No hay miedo...!

Y arrojándose sobre ella cedió de lajuria, la estampó contra su pecho y trató de besar sus labios de ginebra...

María forcejeaba desesperadamente y de su boca salían angustiosas demandas de socorro...

De pronto, cuando ya estaba a punto de sucumbir a la acometida del sádico se dibujó en el umbral de la puerta la silueta de Oscar que acudía al tumulto.

Ver el grupo y alcanzarle a él lanzando un rugido de cólera, fué obra de un segundo... En un abrir y cerrar de ojos Oscar cogió al sargento por el cuello y lo mandó rodando de un empujón al otro lado de la puerta... Trató el sargento de defenderse, pero no consiguió más que salir peor parado del lance...

Entre los dos hombres empezó una lucha terrible, en la que el francés llevaba las de perder...

Mal hubiera terminado la contienda para el sargento si no haber acudido en aquellos momentos, atraídos por el rumor de la lucha, dos de los soldados que estaban de patrulla alrededor de las casernas...

En un momento Oscar fué agarrado y conducido entre bayonetas hacia el cuartel.

María le vió partir con emoción.

En su espíritu habían trabado descomunal batalla todas las pasiones en revuelta...

¡Aquel hombre iba quizás a morir! ¡Y por defenderla...!

¡Debía salvarle!

No... ¡Era un alemán!

## VI

### ¡TRAIDORA!

Tras unas horas de insomnio, consiguió quedarse dormida y a la mañana siguiente casi no se acordaba del incidente de la vigiera.

Aquella mañana empezó pacíficamente para María.

De pronto y cuando más tranquilo se encontraba su espíritu, llegó hasta ella corriendo, jadeante, descompuesto, Hans.

Parecía presa de una agitación extraordinaria.

—Oskar ist vor ein kring aber ich gestell...! Heute wird verheutelt...!

Era tanto su avaramiento que ni aun se daba cuenta de que hablaba en alemán y de que, claro, María no entendía una jota de aquel galimatías.



Por fin el pobre mazo cayó en la cuenta y por gestos en una mímica expresiva y demasiado gráfica se lo hizo entender: Oscar había sido preso la noche anterior a consecuencia de su altercado con el sargento y en aquellos momentos comparecía ante



*...empezó una lucha terrible...*

un consejo de guerra, que según era de esperar lo condenaría a ser pasado por las armas.

Y entonces en su alma ocurrió algo extraño. Fué una revolución de todo su ser, que la hizo olvidar de súbito todos los prejuicios de raza, todas las pasiones malsanas y nefastas que separan a los hombres en razas como si todos no fuesen hombres!

— ¡Oscar! ¡Oscar!! — rezaban sus labios.

En aquel momento Oscar, no era alemán, ni aun siquiera era un hombre... ¡Era el amigo! Y por él hacía el sacrificio de su propia vida si fuera necesario.

Y echó a correr como una loca hacia la caserna principal donde debía estar celebrándose el consejo de guerra...

Llegó a la sala en que estaba reunido el tribunal en el momento en que el sargento prestaba declaración ante el coronel jefe.

Mezclada entre la gente numerosa que asistía a la vista, María escuchó las palabras de aquel hombre que valido de su carácter militar había querido abusar de ella.

Hablaba así el infame:

— Anoche, mi coronel, hacía como de costumbre mi ronda diaria, cuando me pareció oír voces en la granja, en las habitaciones que ocupan los granjeros... Adelantándose a mis hombres corrí hacia donde me había parecido oírlos y efectivamente al llegar allí encontré en el zaguán a María, la hija del colonio Juan Moran, luchando a brazo partido con el procesado, que pretendía torpemente abusar de ella... A duras penas conseguí dominarle y cuando me preparaba a detenerlo, se volvió contra mí y aún trató de asesinarme cobardemente... La oportuna intervención de mis hombres evitó que consumara el atentado...

El presidente del tribunal, se volvió entonces hacia

Oscar, que con la cabeza baja había oído sin existir aquel atajo de embustes, y le preguntó:

—Oscar, el hecho de que sea usted un prisionero de guerra, no influirá en modo alguno en el fallo de este tribunal... Será usted juzgado conforme a la ley y con toda imparcialidad. Vámonos a ver... ¿Tiene usted algo que objetar a lo declarado por el sargento acusado?

Oscar guardó un silencio huraño y ni uno solo de los músculos de su rostro se contrajo.

El presidente (anunciando ligeramente el caso) preguntó:

—¿Es pues verdad que atacó usted al sargento al intentar detenerlo?

Oscar alzó la cabeza un segundo como si fuese a contestar, pero tras una intensa mirada de odio a su enemigo de la víspera, la dejó caer de nuevo sobre el pecho y murmuró en voz apenas perceptible:

—Sí...

En aquel corto intervalo al verse aislada y no burladamente acusado, estuvo a punto de confesar la verdad, pero al mirar ante él, había visto entre la gente el rostro desentajado y livido de María, y él y sólo él, había influido en la respuesta, aquella respuesta ahogada, que iba a costarle la cabeza...

El coronel, a quien no se le había escapado ninguno de los gestos del presunto culpable, al oír aquella confesión plena del acto exclamó dirigiéndose a éste:

—¡Está bien! Ya que se confiesa usted culpable, este tribunal le condema a...

Pero no pudo acabar... y cuando la palabra (atónita) iba a salir de sus labios como un anatema, se vió romper la multitud compacta a una mujer que avanzando rápidamente hacia la mesa presidencial, gritó: ¡desempueta!

—Un momento...! ¡Este no es el hombre a quien debéis castigar...! ¡Este hombre es inocente...!

Se produjo un momento de expectación en la sala.

—¡El culpable es aquí...! ¡Ha deshonrado el uniforme que lleva...!

—Fíjese usted bien en lo que dice, María... Su acusación es de una gravedad extrema y se necesitan pruebas...

—¡Pruebas...! ¡Acaso no basta mi palabra...!

—¿Es verdad lo que dice esta mujer?

Tardó un rato en contestar el alemán...

—Sí... es verdad... — contestó pasadamente... Pero yo hubiera preferido que ella no hubiera salido en mi defensa... Mi vida no vale nada...

—¿Miente esa mujer indigna por salvar a su amante...! ¡Un alemán! — gritó el sargento.

Se oyeron gritos airados entre la turba que asistía a aquel juicio.

—¡Muera el alemán...! ¡Muera el alemán...!

El presidente impuso silencio con un gesto y los soldados se dispusieron a desalojar la sala...

Pero entonces María transfigurada, dispuesta a todo sacrificio para lograr su objeto y sin ver en aquellos



momentos más que al hombre amado en peligro, se acercó al sargento y le dijo con voz reconcentrada:

—¿Te negarás a reconocer que anoche intentas abusar de mí, y que a no haber sido por ese hom-



—¡Este no es el hombre a quien debías castigar!

bre, a estas horas habría perdido el honor...? ¡Niégalo frente a mí si te atreves...! ¡Mírame si puedes a la cara!

El sargento quiso sostener aquella mirada de fuego... pero no pudo; volvió la cabeza avergonzado...

Entonces el presidente haciendo una seña a los sol-

dados que sujetaban a Oscar agregó dirigiéndose al verdadero culpable:

—¡Queda usted detenido... y en tiempo oportuno, después de instruida la sumaria correspondiente, se le juzgará!

Los soldados cogieron por los brazos al nuevo reo y lo sacaron de la sala...

El coronel volviéndose a Oscar añadió:

—El tribunal no puede por menos de elogiar su conducta, en la que tiene de loable y generosa... pero como un acto de disciplina, se le confina en el campamento por término de tres meses...

Cuadróse Oscar al oír aquellas palabras y tras saludar militarmente, rígido, automático, giró sobre sus talones y salió de la estancia...

La gente que había asistido al juicio, empezó a desfilir, y cuando ya se quedaron solos, el coronel dijo en voz baja a María:

—La repito a usted lo que le dije el otro día al salir del cuartelero alemán: Ha hecho usted una noble acción... pero le costará algo cara... ¡Lo siento por usted, señorita...!

María bajó la cabeza confusa.

Tenia razón el coronel... Conoció ella a sus paisanos y sabía el odio que contra el enemigo secular latía en el fondo de aquellas gentes...

Cuando salió, fuera, frente a la caserna la esperaban todos los testigos de aquella escena... Hombres y mujeres aguardaban su salida y cuando apareció

en la puerta, bajo el dintel, de todas las bocas brotaron las inscripciones, las palabras airadas...

—¡Traidora...!

—¡Vendida...!

—¿Dónde se ha visto que una francesa traicionara a sus propios compatriotas?

Era un rosario inabarcable de injurias...

Pero aún la esperaba otro dolor...

Tras las alambradas que defendían el campo de concentración de los prisioneros, estos espían su paso...

Minutos antes habían llegado a ellos las mujeres de la salvación de Oscar, y entre unos y otros se cruzó el siguiente diálogo:

—¿Qué te parece Oscar...?

—¡Ya sabía ya que ella lo salvaría — decía Hans. Y cuando vieron pasar a María todos los alemanes se descubrían respetuosos y tenían para ella una frase de elogio y sus manos se juntaron espontáneamente en un aplauso.

Pero a María la hacían más daño aquellos vitores y aquellos aplausos que las injurias y los insultos soeces de sus compatriotas...

Por eso apresuró el paso al principio y al andar ligero se trocó pronto en carrera desenfrenada, y así jadeante, sudorosa, llegó a su casa y se dejó caer rendida sobre uno de los bancos del zaguán...

Por espacio de largo rato, llevó sin consuelo,

¿Qué culpa tenía ella de amar a aquel hombre...?

¡El amar no reconoce fronteras, no tiene patrias...

—¿Dios mío! ¿Por qué permites que te ame? ¿Por qué, Dios mío?

## VII

### PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES

#### DE BUENA VOLUNTAD...

La implacable guerra, el estallido demoníaco de las infames pasiones que unían en el corazón tumado, destruía millares de vidas y arrasaba incontables ciudades, pero no podía herir del corazón de los hombres la piadosa Navidad...

Y así el 25 de diciembre se celebraba, entre los combatientes, con una suspensión tácita de hostilidades, y no era extraño ver en las trincheras salir de las rudérgueras siniestras a los topes humanos, y momentáneamente olvidar odios y rencores y estrecharse las manos para pasar tranquilamente aquella fiesta.

En la aldea, el júbilo era general... Los naturales del país entonaban sus cánticos tradicionales y al compás de sus instrumentos típicos, — el tamboril, la zambomba — surgían los villancicos alegres y las



canciones añejas del terruño y de la patria en fiestas:  
*Noël silencieux!... Sainte nuit!... Tout dort... etc.*  
*(Noche silenciosa!... ¡Noche santa!... Todo duerme...)*

Y allí en el campamento, también los prisioneros recordaban la patria ausente y cantaban la canción universal... La orquesta la llevaba en la melodía el incommensurable Hans y a su alrededor bailaban y cantaban los germanos, la misma canción, sino que en su idioma natal:

*Stille nacht!... Hei-lige Nacht!...*  
*Stille nacht, ein-jas, muht, neue-bas trantel...*

Allí en las habitaciones altas de la granja, María pasaba aquella noche al lado de su padre enfermo, de su padre postrado en el lecho.

Hasta ellas llegaba el eco de las canciones, de sus amigos... y de sus enemigos...

María escuchaba los cánticos y de pronto se dibujó en sus labios una sonrisa:

—¿Ois, padre? ¡Están cantando nuestra bella canción de Noel con letra en alemán!...

Grasó el viejo algo ininteligible y no contestó...

Y prosiguió la mártir de amor:

—¡Esta maldita guerra es un sacrilegio brutal!...

Su padre volvió la cabeza lentamente y se la quedó mirando de un modo extraño... ¿Qué tenía su hija?... ¿En qué pensaba?...

—¿Qué te pasa, hija mía, que no pareces la misma?...

¿Qué iba a pasarle a la enlutada?... ¡Que el amor llamó a su puerta en una noche de borrascas y le ofreció el calor de su pecho para recibirle!... ¡Que era mujer... y amaba!...

¿Y aquello le extrañaba al anciano?...

Calló la infeliz y cuando su padre durmióse, al fin, bajó lentamente la escalera y fué a sentarse en el zaguán, oyendo aún las notas alegres de las canciones de amor...

## VIII ...

### POR UN BESO... UNA VIDA...

Hacia unos días que el oficial que mudaba en el reducto había llamado a Oscar y le había dicho seriente:

—Su conducta es excelente... Ya puede volver a trabajar a la granja...

Al encontrarse aquella vez ante su superior, Oscar parecía haber crecido un metro...

Un día Oscar, al repartirse en el campo de concentración el correo, se encontró sorprendida con una carta enlutada... Procedía de Alemania y la letra era de El sobrado conocido...

Rasgó el sobre temblando y leyó:

*El dolor me impide escribirte personalmente... Sólo puedo poner el sobre, como un recuerdo... Anoche, en un raid aéreo, tu hermana murió víctima de una bomba arrojada por un aeroplano enemigo...*

Se levantó pausadamente y sin saber cómo, inconscientemente, se acercó a la granja y llegó hasta la cocina, donde se encontraba María...

Ella se volvió al verle llegar y, viendo el descompuesto de su rostro, se acercó a él y cogiéndole las manos le preguntó, angustiada:

—¿Qué ha sucedido?

Calló Oscar...

—¿Tiene usted la mano helada?... Explíquese, por Dios, Oscar!

—Acabo de tener noticia de la muerte de mi hermana, en un bombardeo aéreo.

María se acercó a él para consolarle.

Oscar se volvió hacia ella y con voz en la que había una ternura infinita, le dijo:

—He venido a ti en busca de consuelo!... ¿Quién más podría darme?

Y calladamente, silenciosamente, se enlazaron sus brazos y se besaron sus bocas.

Se olvidaron en aquellos momentos de todos sus dolores, de todas sus angustias. ¿Cómo iban a acudir a sus mentes las angustias y los dolores de los otros?

El viejo no dormía... Los ruidos de afuera afluían al fuego del insomnio. De pronto creyó oír un rumor, en la planta baja... ¡Sí!... su hija hablaba con alguien...! ¡Era una voz de hombre...! El acento era extranjero.

Haciendo un esfuerzo poderoso, saltó de la cama y tambaleándose, a tropezones, bajó la escalera y llegó a la habitación en que se hallaban los dos amantes...

—¡Su hija... y un extranjero abrazados!...

El viejo alzó los brazos en un anatema apocalíptico y gritó:

—¿Qué veis!... ¡María!...

Volviéronse a una los amantes y miraron espantados aquella aparición trágica.

—¡Tu pobre hermano — prosiguió el odio implacable del viejo — durmiendo el sueño eterno en los brazos de Flánder y tú en brazos de uno de sus verdugos!... ¡Maldita... seas... maldita!...

Agitó los brazos en el vacío, intentó dar un paso



hacia delante y vidriándose sus ojos y aflojándose todos los resortes de su cuerpo, cayó pesadamente sobre las losas de piedra...

Acudieron los dos amantes a su lado... Aun vivía...



*— ¡He venido a ti en busca de consuelo!*

Quiso hablar... Agitáronse sus labios como para decir la postrera maldición y tras un estremecimiento de todo su cuerpo, salió de su pecho un ronco quejido y quedó inerte, frío, frío, yerto...

¡María ya no tenía padre!

## IX

### LOS HOMBRES SE HABIAN CANSADO DE MATAR...

Al día siguiente, la tierra de Francia tenía una cruz más sobre su manto... Justo Moreau, otra víctima más del odio, dormía el sueño eterno...

La semana siguiente, en el despacho del notario del pueblo, ante los parientes del difunto, se dio lectura a su testamento...

Sólo contenía una cláusula:

*Dejo a mi hija María Moreau todas mis propiedades y bienes rústicos y personales que deje al morir...*

Quizá el odio, tal vez la avaricia, hicieron prorrumpir a los parientes en un concierto de maldiciones e injurias...

— ¡Si tu padre pudiera enterarse de que su granja ha ido a parar a manos de un alemán, se levantaría de su tumba para maldecirte!...

Se apartaban de su lado con asco... Iban saliendo

uno a uno, después de vomitar toda la bilis que acumulaban sus almas ruines...

Por fin se acabó el cortejo de la ira y pudo la infeliz respirar tranquila... Lentamente, llevando sobre sus débiles hombros la penumbra del dolor y del odio, volvió a su casa.

... ..

Cuando Oscar fué a verla aquella mañana, la encontró triste, llorosa, acorralada...

Sin necesidad de explicaciones, lo comprendió todo y la dijo entristecido:

—Sufres por mí, María... ¡No volveré a verte y así cesará ese horrible tormento!...

—¡Oh, no, Oscar!... Moriría sin tí... ¡No me dejes, por Dios!... ¿Qué sería de mi pobre vida?...

... ..

Se sucedieron meses de interminable espera, durante los cuales la afilada guadaña de la inseguridad prosiguió su obra destructora.

Hasta el campo de concentración llegaban los rumores de una paz esperada con verdadera fiebre de locura...

Únicamente alegraba los oídos de los cautivos el optimismo y la franca simpatía de Hans, aun empeñado en lograr una sonrisa (tan sólo una) de María la herana...

Precisamente aquel día había perdido el último instrumento sonoro que guardaba su mochila, y al entregárselo a Flix, le dijo:

—¡Ahora con el acordeón te llevas toda la boda!... ¡Lo diebo! con esa mujer no doy una en el clavo!... ¿Cómo se conoce que no me llamo Oscar?...

En esta plática se hallaban entretenidos los dos amigos inseparables, cuando el alarido estridente de una corneta vino a sacarlos de su charla jocosa.

En la puerta de la caseta había aparecido un oficial que con voz potente y clara, les anunció, mientras en sus labios retumbaba la risa del contento sincero:

—¡Muchachos! ¡Acaba de firmarse el armisticio!... ¡La guerra ha terminado!...

Es imposible describir el júbilo, el alborozo, la alegría desatada y ruidosa que se apoderó de aquellos infelices...

Verdaderos ruidos de fiera puesta de improviso en libertad, saltos, cabriolas, piruetas, cánticos...

En pocos momentos se improvisaron músicas, coros, comparsas...

Franceses y alemanes se abrazaban frenéticos porque a pesar de los pesares, todos estaban hartos de guerra, se habían pasado de cuatar...

Y en uno de aquellos arrebatos indemoniados, llegaron Flix y Hans frente a la granja y fueron tantas las contorsiones, las diabluras del acróbata berlinés, que María que estaba en la puerta, no pudo por menos de plegar sus labios en una sonrisa...

¡También ella estaba contenta, pues aquello suponía su acercamiento definitivo a Oscar!

Al ver la risa de la doncella, Hans lanzó un alarido



do de triunfo y arrojándose gozoso sobre su cama-  
pada, exclamó vociferando:

—¡Lo ves, caberón? ¡La he hecho reír!... ¡Des-  
vuelveme mi banda de música!...

Y armónica, flauta, acordeón... fueron pasando su-  
cesivamente a poder de su legítimo dueño...

En el camino se encontró con Oscar que iba a dar  
a su amada la buena nueva y acercándose a él, le  
dijo gozoso:

—¡Ahora ya puedes ir a verla, Oscar!... ¡La niña  
está contenta!...

Y fué Oscar hasta aquella mujer que era más de  
media vida para él...

# X

## ¡RI, ODIOL... EL VOLCAN QUE DESHARÁ LA TIERRA!...

Temblando de emoción, llegó Oscar a casa de su  
amada...

Maria le esperaba con ansia... La entrevista de los  
dos amantes en nada se pareció a las anteriores...  
Hubo en ella alegría, ilusiones, proyectos para lo por-  
venir...

Oscar le habló de sus planes futuros... El no  
quería ser un ocioso que se aprovechase de la rique-  
za de su amada... ¡No! Quería trabajar... añadir al  
cudal de su mujer su granó de arena...

—Hoy mismo escribiré a la casa de París en que  
estaba empleado al estallar la contienda y estoy se-  
guro de que volverán a admitirme...

—¿Crees?... — preguntó Maria, recelosa.

—¿Por qué no? — le dijo.

Maria pudiera haberla contestado: "porque un fog-  
go de odias, de cuatro años de matanza, no se apaga,  
ni aun se localiza en veinticuatro horas..."

Y Maria, velando sus ojos una tristeza de la que  
ella misma no sabía darse cuenta, murmuró con la ca-  
beza inclinada al suelo:

—¡Yo qué sé!...

—Si Maria — prosiguió Oscar — me admitirán y  
seremos felices... Porque yo ganaré mi sustento y  
seré al lado tuyo un hombre consciente de sus dehe-  
res... Pero será mejor que tú y yo trencemos nuestra  
amor lejos de estas tierras que tienen demasiados re-  
cuérdos dolorosos para ti...

Inclinó aun más la cabeza la mártir...

—¡Te amo, María!... ¡Seré tuyo siempre... siem-  
pre... y seremos felices... ya lo verás!...

—¡Oscar!...

¡Benditos labios los que reservan su función para  
besar de amor!...

Como lo dijera, Oscar escribió el mismo día a sus antiguos patronos... y efectivamente... María tenía razón en pensar mal...

Pocos días después, llegaba a ella Oscar ocioso y pensativo.

—¿No me digas nada, Oscar!... ¿Lo adivino!... ¡Lo que yo pensaba!...

Oscar no contestó... Silenciosamente alargó a su novia un pliego doblado...

María leyó con los ojos pesados de lágrimas:

*...y sentirás no poder colocarlo a usted en su antiguo empleo. La antipatía entre los trabajadores contra los alemanes es general y es casi imposible que pudiese usted convivir con ellos...*

*El hecho de que esté usted a punto de contraer matrimonio con una francesa, no mitiga en nada la hostilidad de que antes le hablo...*

*Con el testimonio de mi consideración y aprecio,*

M. Süderbelle  
Gerente.

María, como una flor troncada por el huracán de las pasiones, dobló su cabeza sobre el pecho al terminar la lectura...

—¡La guerra no ha terminado todavía!... — murmuró.

Y tenía razón... No había terminado, no, la guerra... A la de las armas, seguía la de la venganza...

Oscar no quiso darse por vencido y después de consultar como mejor pudo el dolor de su amada, la dijo, atrayéndola hacia sí:

—Ya sé que voy a pedirte un imposible... e poco menos... ¿Quieres venir conmigo a Alemania?... Allí en mi tierra, cerca de los míos, seríamos completamente felices... y encontraríamos el calor que aquí se nos niega...

Y ante el movimiento de vacilación de ella, añadió, persuasivo:

—Mi madre te recibiría con los brazos abiertos...

Pero la experiencia empezaba a producir sus frutos en el ánimo de María... y aun agradeciendo la buena intención que animaba los propósitos de Oscar, le contestó, profundamente reflexiva:

—Será mejor que la escribas, Oscar... ¿Crees tú que en Alemania no habrá también hostilidades contra los franceses?

En la vacilación de Oscar, pudo notarse que aquellas palabras proféticas producían mella en su espíritu.

—La escribiré, amor mío — contestó —. Pero de antemano sé lo que me contestará... ¡Mi madre no es como las demás!... Díga que vayas... y te querrá, como a la que serás para ella: como a una hija...

Se separaron... y Oscar escribió a su madre...

Allí entre los alambres enredados de púas se comentaban las noticias de la naciente paz.



Hans leía un periódico y, de pronto, le dijo a su inseparable Flix:

—¿Qué te parece? Aquí dice que Alemania tiene que devolverle a Francia la Alsacia Lorena...

Flix se encogió de hombros y contestó escéptico:

—¿Qué quieres?... ¡Creo que tienen razón!... Ahora voy resolviéndome francés... y me encuentro entre los alemanes por equivocación...

—¡Si no fuera porque comprendo que eres un idiota, te rompía la cara!... — exclamó Hans, en el ardor de la indignación.

¡Era inevitable, sería eterno!...

Si los hombres no tuvieran un pretexto para odiarse hasta la consumación de los siglos, lo inventarían... ¡Es igual!...

## XI

### EL TORRENTE MALDITO... EL DE LAS AGUAS COLOR ESCARLATA...

Una mañana María recibió una visita que encendió en su alma la hoguera bendita de la rebelión...

Cuando estaba esperando con ansia la contestación

de la carta de Oscar a su madre, llegó a la granja el repugnante Pedro Corlet...

Según él venía en son de paz...

Meloso y astuto, la saludó con estas palabras que parecían conciliadoras:

—¿Por qué no hemos de ser amigos, María, ahora que terminó la guerra?... Ya sabes que yo te amo... que te he amado siempre...

María que le conocía demasiado, la contestó burlesca:

—¿Amigos?... ¿Por qué no?... No muy íntimo... pero siempre lo fui tuya...

—No es que no te crea — contestó el presuroso —, pero no es esa amistad la que yo deseo... Ya sabes que desde hace mucho tiempo te quiero... ¿Quieres ser mi esposa?...

—Y yo con la misma franqueza de siempre, te contestó: No. Mi corazón ya no es mío... Lo sabes demasiado, Pedro Corlet...

Brilló un relámpago de odio en los ojos del ruin y dijo:

—Ya sé a quién has dado tu corazón!... ¡A un enemigo de la patria!...

—¡Ya no hay enemigos! — contestó con energía la granjera.

—¿Crees que los vecinos te dejarán estar aquí tranquila con ese alemán ahorcado?...

—De mi casa y de mi corazón, creo que puedo hacer lo que me plazca...

Entonces Pedro Corlet, vomitando todo el veneno

que andaba su alma de sapo repugnante, la escupió al rostro el salivazo de estas palabras:

—¡Si no le despides, os estaremos a los dos de la aldea!...

Y salió de la casa, dando un violento portazo y arrojando injurias soces por su boca de reptil...

Las prebendas de odio del vengativo Corlet inflamaron la mente de los sencillos campesinos.

A partir de aquel día, la pobre María no podía salir de casa sin que sus convecinos la injuriasen socemente y su paso por las calles era un verdadero camino del calvario.

Y como Oscar por sus deberes de prisionero no podía acompañarla cuando quería, la infeliz no se atrevía a cruzar las calles de la aldea...

Los domingos, cuando acudía a cumplir sus deberes de cristiana, a la salida de la iglesia la esperaban sus vecinos para insultarla.

¡Pero aun llegó a más!... Empezaron a insultarla en su propia casa.

Y llegó un día en que las cosas llegaron a su colmo...

La audacia de aquellas gentes y sobre todo de Pedro Corlet, no se contentó con acorcharla... La imponían condiciones.

Hacia días que mensajes indirectos llegaban hasta ella:

Querían que compiese con Oscar... Que aceptase el yugo que deseaba imponerle Corlet y que se casase con él...

—¡Mejor hombre como ese no lo encontrarás!...

— ¡le decían las brujas.



...su paso por las calles era un verdadero camino del calvario...

—Cierlo que está inútil para combatir y por eso no tomó parte activa en la guerra, pero mejor patriota que él no lo encontrarás...

—¡No, no! — rugió un día la infeliz, harta de importunismos.



Y añadió:

— ¡Además yo a quien quiero es a Oscar, y nada ni nadie cambiará el ritmo de los latidos de mi corazón!...

Y echando con cajas destempladas a las ociosas y caritativas comadres, cerró la puerta de su casa y se dejó caer sollozante sobre aquel banco, que de hablar contaría tantos recuerdos felices... y dolorosos...

Unos minutos después, los precisos para que las oficiosas vecinas dieran cuenta a Corlet del resultado de sus gestiones, apareció éste ante ella, ceñuda y desconquistado, y su arenga empezó en la siguiente forma:

— Yo me han dicho esas que te niegas a oír mis consejos y a satisfacer mis legítimos deseos!...

— Pues si te lo han dicho *esas*, huelgan explicaciones entre los dos!... Conque...

— ¡Choque... me echas!... ¡Está bien!... Pero un consejo he!... ¡Mira lo que haces!... Tengo mis medidas tomadas y...

— ¡Toma todas las que quieras! — contestó airada, María, que ya había llegado al límite de su paciencia... — ¡Pero vete!... ¡Vete, si no quieres que te eche!...

— ¡Está bien!... ¡Me echas... y me voy... pero antes oye dos palabras!... De acuerdo con los vecinos te concedo diez minutos de tiempo para que decidas entre marcharte o despedir a tu amante...

— ¡También eso?... — gimió la infeliz... ¡Qué de-

hecho tenéis vosotros para mezclaros en mi vida privada y querer ordenar su libre curso?...

Salió el verdugo y una vez en la calle, en la que se arrumaba la gente, trasmitió a aquellos malvados por inmundicia el resultado de sus gestiones.

— ¡A qué esperar!... — gruñeron unos.

— ¡Vamos a echarla ahora!...

En aquel momento, y cuando aquellas furias iban a poner en práctica sus amenazas, llegaba a la granga Oscar...

Al verle, apartáronse los protestantes, pero aun así en sus ojos cobardes brilló el odio, ni uno sólo se atrevió a plantarle cara...

Apartáronse rezagando de su lado y le abrieron calle sin pronunciar una sílaba más alta que otra...

Oscar sin detenerse, sin mirarlos siquiera, cruzó por entre los grupos y penetró en la casa, cuya puerta cerró tras sí.

— ¡Qué pasa?... — preguntó Oscar a María, viéndola llorar.

— Me han dado un ultimátum... — contestó dolorida... — ¡O te vas tú o nos iremos los dos!... ¡Me amenazan con matarnos!... ¡Ya ves, Oscar mío!... ¡Me echan de mi propia casa!...

— ¡Echarle?... —

— ¡Sí!... ¡Son capaces de hacerlo!... ¡Llévame de aquí, Oscar!... ¡Me dan miedo estas gentes!... ¡Son capaces de todo! ¡Vamos a tu tierra!...

Bajó el tristemente la cabeza... También venía a darle cuenta de un hecho de crueldad...

Sacó de su bolsillo un papel arrugado y se lo tendió a la desgraciada granjera...

Era una carta de su madre... Decía *lo de allá*:

*Dile que si viene a Alemania, la gente lo tratará  
lo mismo que si fuese una mala mujer...*



*—¡Llévame de aquí, Oscar! ¡Me dan miedo estas  
gentes!*

Y decía más... Añadía rebotando odio como los de  
aquí... igual que los de aquí...

*¡Si te casas con ella, me morirá de vergüenza!*

—¡Mi madre... mi propia madre ha escrito esto,  
María!... — sollozó Oscar. — ¡Qué cruel es el odio

que la guerra engendra!... Nunca... nunca hubiese  
creído eso de ella!...

María se sintió vencida, pero era tanto el amor  
que por aquel hombre sentía, que aun desgarrando sus  
carnes llagadas, murmuró en un quejido de todo su  
ser:

—¡Vuelve con tu madre, Oscar!... ¡Ya que nues-  
tro amor mató a mi padre, no permitamos que ese  
mismo amor acabe con tu pobre madre!... ¡Decidia-  
mente estamos malditos!...

—¡No, mi vida, no!... ¡No puede ser eso!... ¡Crees  
que seré capaz de dejarte aquí con ellos?...

—¡Oh, sí, Oscar! sí, vete!

—¡No quiero dejarte, María!... ¡No quiero que te  
arranquen de mi lado!...

—¡Ay, Oscar!... ¡Qué vamos a hacer?... Aborre-  
cida yo en el país que me yo nacer... escarnecido tú  
en el tuyo y por tu misma madre... ¿qué va a ser  
de nosotros?...

En aquel momento, apareció en la puerta, la si-  
lenta retorcida de Pedro Corlet...

—¡Ya han pasado los diez minutos que te díjimos  
de tiempo!... ¿Os iréis los dos o se irá tu suen-  
te?...

Oscar pareció decidirse en un momento de lucha  
suprema y acercándose a su amada, le dijo, suplican-  
te y lloroso:

—¡Me iré yo, María!... ¡No quiero que lo sacrifi-  
ques todo por mí!... ¡Al irte tú abandonas tu casa,



los tuyos, tus bienes!... ¡Deja que me vaya, será mejor!...

Y avanzó, decidido, hacia la puerta.

En los ojos siniestros de Pedro Carlet, brilló un relámpago maligno... ¡Por fin se salía con la suya!...

Pero su gozo se heló de pronto en su pecho y se hizo escarcha la sonrisa en sus labios...

María corrió en aquel momento hacia Oscar y estrechándolo en sus brazos, le dijo:

—¡Nos iremos los dos, Oscar mío!...

—¡María!...

—¡Calla!... ¡Llévame!...

Y colgándose de su brazo, emprendieron los dos lentamente el éxodo hacia la Batara sin fin...

Ya fuera de la casa, había tal majestad en sus miradas, que aquella manada de lobos se apartó respetuosamente a su paso...

Y así, el uno en brazos del otro, erguidas las frentes, cruzaron el patio y fueron a salir a la carretera parda y polvorienta...

### XIII

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS DE  
CORAZON PORQUE ELLOS VERAN  
A DIOS!...

Pero apenas habían desaparecido los dos amantes en un recodo del camino, cuando por el sendero opuesto, apareció un nuevo personaje...

Hacia la granja avanzaba por aquella misma carretera, un pobre soldado ciego.

Era Andrés Moreau, el hermano de María, a quien dieran por muerto y a quien como sabemos salvara un alemán en el momento crítico...

Andrés no estaba herido de muerte... La reguera producida por el fogonazo violento de un obús, fué la que le hizo caer de bruces contra la alambrada...

Prisionero de guerra, en los campos de concentración alemanes, y libertado después de la firma de la paz, volvió a los suyos tras ausencia tan prolongada.

—¡Tú... tú!... — gritaron al verlo todos los de la aldea.

—¡Andrés Moreau! — aulló, rebotándose de un término Pedro Carlet, pues la llegada providencial del hermano le hacía pensar que todo iba a cambiar a su favor en un instante...

—¡Llamad a María! — gritó a los más cercanos...

Y volviéndose a Andrés, al que entre todas estrechaban cariñosamente, le dijo recordando las palabras:

—¡Esta es tu casa, Andrés Moreau... pero la has llorado muy cambiada!... ¡Tu padre murió de pena y tu hermana le ha deshecho!...

Brilló una lágrima en los párpados del inválido...

—¡Pobre padre mío!... ¡Pero mi hermana!... ¿Dónde está mi hermana?...

—Acaba de marcharse con un alemán... ¡Quiere casarse con un enemigo!... Ha preferido al amor de

uno de los nuestros, el de uno de esos malvados que han tenido de sangre el suelo de su Patria!...

En aquel momento llegaba María y tras ella Oscar. Ambos se detuvieron a pocos pasos del grupo...

Una vieja repugnante se acercó a María y la increpó, colérica:

—¿Te atreverás a mirar a tu hermano cara a cara?...

La voz de Andrés fué el sedante a aquella injuria:

—¡Por favor os pido que me llevéis con mi hermana!...

—Mira lo que aquellos que son como tu amante le hicieron a tu pobre y desgraciado hermano!... — siguió la arpía.

Entretanto, los curiosos se habían acercado al ciego y le acosaban a preguntas:

—¡Nosotros creíamos que estabas muerto!...

—¡No lo quisiera Dios!... ¡Ya os explicaré!... Pero, ¿dónde está mi hermana?...

A ésta entretanto la guiaba más el amor que las incitaciones de las hárbaras y acercándose a su hermano se echó sollozante de dolor y de alegría a la vez:

—¡Andrés!... ¡Andrés!...

La infeliz no pudo decir más...

Palpaba el ciego aquella carne querida y pasaba sus manos temblorosas por sus cabellos, por la seda suave de sus mejillas.

De pronto alzó la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está ese alemán a quien tanto parece que odiáis todos aquí?...

Oscar se había quedado apartado del grupo, temeroso de que aquel hermano, llegado de un modo tan providencial, fuese un enemigo más de su amor...



—¡Andrés! ¡Andrés!

Ante la insistencia del ciego se acercó a él, hasta que Andrés le palpó con sus manos videntes y las pasó por su cabeza, por su cara, por su cuerpo...

—¡Ahora veremos qué le dirán — se dicen, sonriendo con malicia, los verdugos de María...



Pero con gran sorpresa de todos, Andrés empezó a deletrear pausadamente estas palabras:

—Para vosotros, este hombre es un ser aborrecible...

—¡Si es alemán!... — aulló la turba.



—¿Dónde está ese alemán?

—... Para mí es un hermano... — prosiguió dulcemente el ciego—, un hombre bueno y cariñoso...

Esto colmó el cántaro de la ira:

—¡Está loco! ¡La guerra le trastornó la cabeza!

Pero Andrés había oído el siniestro aullido de la fiera y contestó siempre reposado y tranquilo:

—¡No, no estoy loco!... ¡Nunca estuve tan cuerdo!... He venido aquí, entre las mies, creyendo hallar la paz... y me encuentro vuestros corazones henchidos, rebotantes de odio... un odio espasmo de encender otra vez la hoguera devoradora de la guerra...

La voz de aquel hombre tenía inflexiones magnéticas y a su milagro, todos, hasta el perverso Pedro Cozlet, bajaron la cabeza avergonzados...

—¡Acaso no os ha enseñado nada la guerra?... ¡Ovildasteis ya los muertos, los millones de muertos que ocasionó!...

Y extendiendo el brazo hacia el horizonte lejano, añadió, como un vidente iluminado:

—¡No los veis? ¡No los oís?... ¡Son los muertos de todas las naciones... porque la que goza en matar no distingue de patrias ni hogares!... ¡Millones y millones de seres inmolados al monstruo de la guerra, claman desde las llanuras sin fin de la eternidad: ¡PAZ EN LA TIERRA!...

Los sombreros se habían apartado de las cabezas... Aquellas mismas mujeres en cuyos labios el odio puso injurias y maldiciones, enjugaban ahora las lágrimas que brotaban de sus ojos...

—¡Permitiémos que esos héroes anónimos, que generosamente dieron su vida por nosotros, lleven a cabo su sacrificio en vano!...

Oscar y María se habían ido acercando poco a poco...

Andrés continuó:

—¡Apaguemos en nuestros corazones los resaca-

del odio que engendró la guerra y encendamos en ellos hasta abrasarnos el fuego del amor a la humanidad!...

Y en medio del silencio que siguió a estas palabras, buscó a tientas la mano de María y la puso en las de Oscar y ya teniéndolos así unidos, besó sus frentes y exclamó con fervor superhumano:

— ¡Hermana!... ¡Hermano!...

\*  
\* \*

Aquel hombre había sufrido las torturas de aque-  
lla guerra sin nombre y ahora que ya no veía las mi-  
serias de la vida, hablaba directamente con Dios...

FIN

**QUINTA SEMANA**

Grandioso acontecimiento en las selectas  
Ediciones Especiales de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**El Rey de Reyes**

Haga sus encargos desde ahora mismo a  
su librero.



